

COME Y JUEGA, CRIATURITA

Enciendes la tele y ves a toda pantalla una croqueta que semeja un cochecito de carreras, brammm, brummm, en tanto un tenedor vuela a su lado con otra en forma de estrella pinchada a sus dientes surcando el aire como una cometa. ¡Halaa...! ¡Que bonita...!

Nuestros saciadas criaturas occidentales, la comida saliéndole por las orejas, echan carreras con los calamares fritos, coleccionan galletas por los diseños de las cubiertas, manosean hastiados los macarrones y los “petisuís”, consumen toneladas de chucherías ñam, ñam, porque mola que sean cocodrilos o barquitos, ocian y juegan con la comida bajo la complaciente mirada de una madre o padre que sonríe viendo a sus angelitas y angelitos precolesterólicxs y preinfartadxs hartarse de grasas insaturadas porque... ¿No es la mar de diver?

Eso durante la publicidad. Del telediario, por ejemplo. Y en un visto y no visto... ¿Adonde fueron a parar las felicisimas criaturas europeas con sus croquetitas- juguete, zampa, ñampa? Porque lo que tenemos ahora delante de las narices tiene muy poco que ver con la festivalera y catódica escena anterior. Más bien nada. Es más: nada en absoluto.

La pantalla la ocupan decenas, cientos, miles de pichones de cadáver Made in Tercer Mundo que nos miran a través de la cámara con ojos húmedos y desorbitados mientras rebanan con sus deditos a modo de cuchara los restos de bazofia de un cuenco blancuzco, siempre de plástico, siempre sucio, indiferentes a las moscas que se comen sus mocos, sus lágrimas, sus piojos y su tuberculosis.

Fundido breve, siguiente escena: un helicóptero con infalible mala puntería arroja desde el aire enormes talegos de comida que siempre - no falla - se estrellan lejos de su objetivo: decenas, cientos, miles de pichones de cadáver que, la mirada al cielo, más que correr se arrastran para atrapar algo de esa lluvia bienhechora. Alcanzamos a ver a los privilegiados, a los menos muertos abalanzarse hacia los restos de provisiones reventadas contra el suelo llevándose a la boca lo que pillan por entre la inmundicia, y... corten, este plano ha quedado perfecto, ya lo han visto, estimables televidentes, la solidaridad, la ayuda humanitaria, la generosidad colectiva, bla, bla bla.

Algo, un impulso, nos hace cambiar de cadena, pero la paupérrima pradera reseca y agrietada vista a vuelo de pájaro en el otro canal es ahora un amasijo de lodo generado por un aluvión en el que se revuelcan decenas, cientos, miles de otros pichones de cadáver rebuscando entre las que fueran sus chabolas de lata y cartón algo que rescatar de su miserable existencia, mientras desde un camión desvencijado les tiran más que ofrecen hogazas de pan de utilería.

Como el telediario lo echan a la hora de comer, desde este lado, el de nuestra ciudad, el de nuestra casa, el de nuestra mesa, una se queda con los cubiertos a medio camino, sobrecogida, sin saber bien si continuar el trayecto hasta la boca y seguir almorzando cual si no pasara nada o empaquetar de urgencia la comida que colma el mantel, todo cuanto tenemos en la alacena y enviárselo a ese helicóptero o camión rogándoles que esta vez afinen la puntería y la comida caiga donde debe caer.

Otros del lado de aquí, sin embargo, invierten los términos y aprovechan la ocasión para aleccionar pedagógicamente a su progenie: ¿Ves lo que te pasará si no comes todo lo tienes en el plato? Vanesa, Benja, mi paciencia tiene un límite, o acaban con toda la comida o les mando a ese país, para que aprendan a pasar hambre.

A continuación vendrán las noticias deportivas, según anuncian un par de presentadores que ríen de continuo a saber de qué, tal vez nos comentarán algún campeonato mundial de risa floja, pero antes, nueva tanda de publicidad. ¡Chup, chup!: nos informan, por entre la algarabía perenne de progenitores y su descendencia telegénica, que la leche Primer Mundo está enriquecida con calcio, vitamina A, B y todas las letras del abecedario, riboflavina, oligoelementos y un largo etcétera. Es más: lo han enriquecido todo. La pizza, las papillas, la mermelada, los yogures, la margarina, los ganchitos de queso y hasta la sopa de pollo en sobre.

Las multinacionales del papeo han decidido, todas a una, que nuestras procolesterólicas y preinfartadas criaturitas sean también hipervitamínicas e hiper mega cualquier cosa. Sobredosis de calcio a cambio de walkie talkies, camisetas, viajes a Disneylandia y cromos de Pokemon, come, revienta, juega, guapita, guapito, la comida entra por los ojos, pero, sobre todo, por los bolsillos. Y si existen otros millones de criaturas que no son hipercálcicas ni “hiper nada” sino más bien “infra” todo... ¡Ahh, se sientee!

El telediario cierra con la nota simpática del día: la revista estadounidense Forbes publica que el magnate de Microsoft, Bill Gates, encabeza la lista de las cien mayores fortunas del mundo, y que la suma de todas ellas podría paliar el hambre en el mundo entero. Lo dicen y se quedan tan panchos, oye. Seguramente a sus siete años los denominados “cien de oro” se atragantaban a buñuelos espolvoreados con acidófilus y cereales como monedas de oro.

La paradoja es tan burlesca y duele tanto que ¡plink!, un toque al mando y apagamos el televisor. Lástima grande que todavía no hayan inventado un mando a distancia para apagar esta insultante y nauseabunda realidad.